

donde canta la culebra—responde la serpentina,
 al pié del verdoso roble—se veve la blanca niña,
 con peines d' oro en la mano,—conque los cabellos guía:
 cada vez que los guiaba—el monte resplandecía.
 Allá arriba en aquel monte—un caballero venía
 que las carreras perdiera,—que las carreras perdía.
 Tuvo miedo el caballero,—tuvo miedo y pavoría
 que se perdies' en el monte;—e que osos le comerían.
 —Non hayades, señor, miedo,—nin miedo nin pavoría;
 que yo cristianilla soy,—de las cristianas nacida.
 —A cual dello quiere ir,—¿á las ancas ó en la silla?...
 —En la silla, el caballero;—que allí me pertenesca,—
 Ya camina el caballero;—con la doncella camina:
 en medio de las carreras—de amores la requería.
 —Tate, tate, el caballero;—non toquedes ropa mía;
 que fija soy de un malato—y de una malatofaña.
 El home que me tocara—malato se tornaría;
 el campo que yo trillare—nunca otra yerba daría;
 caballo que yo montara,—muy xedo reventaría.
 —Apeadvos, apeadvos;—apeadvos por mi vida,
 é non culpeis á mi fé—si fago descortesía;
 que si el caballo revienta,—mal ganancia yo tendría.—
 Estas palabras diciendo—de la montaña salían,
 dó las campanas se oyeran—que en la ciudad se tañían.
 A la salida del monte—á la entrada de la villa,
 tornábase la doncella—con la su faz alegrina.
 Tornárase la doncella—calcárase grande risa
 y con falangueras chufas—al caballero decía:
 —¡A fijas del rey del monte—creyestes lo que decían!
 Fiz puesta con mis hermanos—cien vasos de plata fina,
 de rondar con vos el monte,—volver con honra á la villa.
 —Atrás, atrás la señora;—atrás, atrás, vida mía,
 que en la fuente dó bebimos—quedó mi espada perdida.
 —Miente, miente el caballero;—ca la traedes ceñida.

Aunque imitado de un *fabliau* francés según opinión muy verosímil, el lindo y picante romance de *La Infantina* echó grandes raíces en la tradición poética de la Península, y se le encuentra por todas partes. En las antiguas colecciones, principiando por la de Amberes, sin año, está representado por la versión que comienza «De Francia partió la niña» (número 154 de la *Primavera*). Rodrigo de Reinosa, autor, al parecer, de la refundición de este romance contenida en un pliego suelto gótico (154 a de la *Primavera*) le amalgamó con otro de asunto diverso aunque análogo, que principia «Á cazar va el caballero» (*Primavera*, 151). Pero esta *contaminación* de los dos romances no fué capricho de aquel ingenioso versificador, puesto que también se encuentra en casi todas las versiones populares.

Abundan sobremanera en Portugal, aunque ninguna de ellas tiene tantos rasgos de antigüedad como la asturiana. *O Caçador* (*Romanceiro* de Almeida Garrett, II, 21-24), corresponde al de «Á cazar va el caballero»; pero todos los demás que vamos á citar, son variantes de *La Infantina* propiamente dicha.

a) *A Infeitçada* (Almeida Garrett, II, 32-35: texto ecléctico, según su costumbre). Conserva los rasgos de hechicería que hay en el romance del Cazador, y tiene un final muy parecido al del romance asturiano de D. Bueso, puesto que el caballero reconoce que la Infantina es su hermana.

b) *Romances da Infanta de França*. Dos versiones recogidas por Teófilo Braga, una en Covilham (Beira Baja), otra en Foz do Douro (*Rom. Geral.*, 26-29). La primera es muy análoga á la de Garrett: la segunda es muy abreviada.

c) Romance de *D. Almendo* (en otras versiones *Alberto*) recogido en el Algarve por Estacio da Veiga (*Rom. do Alg.*, 38-44). Difere mucho de todos los demás, pero tiene trazas de estar retocado por algún poeta culto.

d) *Romance da filha do rei de França*. — *O Caçador e a donzella*. — *Donzella encantada*. Tres variantes de la isla de San Jorge, en los *Cantos Populares do Archipelago Açoriano*

(183-191). En las dos últimas se repite la peripecia del reconocimiento de los dos hermanos.

e) *La filha del rei de França*. Variante de la isla de la Madera (apud Rodrigues de Azevedo, 360-363). Termina con el reconocimiento. Hay también rastros de *La Infantina* en otro romance, muy novelesco y al parecer no muy antiguo, recogido en la misma isla con el título de *La rainha mulata* (354-360). *Mulata* parece ser una corruptela de la voz anticuada *malata*, que ya el vulgo no entiende.

f) *O Caçador* (versión de la isla de San Miguel, impresa por T. Braga en sus notas á los *Cantos populares do Brazil*, II, 153-155).

En Cataluña no es desconocido el romance de *La Infantina*, pero no debe de ser de los más populares, puesto que ni Milá ni Briz le insertaron en sus respectivas colecciones, y el infatigable Aguiló, que le trae con el núm. XI, sólo llegó á recoger cuatro versiones, dos de ellas en puntos tan excéntricos como las islas de Ibiza y Formentera. Su lección difiere poco de las dos de la *Primavera*, y carece, como ellas, de encantamientos, pero coincide con la mayor parte de las portuguesas en el infeliz final de la *anagnorisis* de los dos hermanos, que indudablemente es un pegote moderno y basta para echar á perder toda la gracia y malicia del primitivo romance, tal como se estampó en los romanceros de Amberes y Zaragoza, y tal como vive aún en labios del pueblo asturiano. La intervención de las hadas ha de tenerse también por cosa ajena y sobrepuesta al donoso y enteramente humano cuento que inventó el viejo juglar, francés ó castellano.

Son numerosas las canciones populares de varios pueblos que presentan situaciones análogas á este romance. Puy-maigre cita, á este propósito, una canción recogida por Gerardo de Nerval en Normandía, y que se canta también en Borgoña, en Provenza, en el país de Metz, en el Franco-Condado, en Champagne, en otras provincias francesas, y hasta en el Canadá. Existe también una balada anglo-escocesa, *The baffled knight* (Child, IV, 479-83).

Sobre el mismo tema versa una canción piamontesa, de la cual Nigra (*Canti popolari del Piemonte*, 1888, pp. 375-378) ha publicado cuatro lecciones, con el título de *Occasione mancata*, á las cuales debe añadirse otra en dialecto de Monferrato, dada á conocer por Giuseppe Ferraro (*Canti popolari monferrini*, 76).

Aunque la más antigua versión francesa se remonta al siglo xv (1), las españolas no son trasunto de ella. Puede conjeturarse que proceden de otra más antigua que se ha perdido.

31.

Doña Arbola.

Estándose Doña Arbola—sentadita en su portal,
guya d' oro, dedal d' oro,—cosía en un cabezal (2).
Entre puntada y puntada,—dolor de parto le dá;
sus manos blancas retuercen,—sus anillos quiéén quebrar:
—¡Oh, palacios los palacios,—palacios del Valledal:
el Rey mi padre vos fizo—quien fuera parir allá!—
Allí llegara la suegra—¡Más valiera non llegar!

(1) *Vieux Auteurs Castellans*, II, 251. Otras canciones francesas pueden verse indicadas en el *Petit Romancero* del mismo autor, 140, y en otro libro posterior suyo que lleva por título *Folk-Lore* (Paris, 1885). Una de estas poesías populares francesas (vid. *Vaux de Vire* de Olivier Basselin, Paris, 1858) que parece remontarse al siglo xv, tiene evidente semejanza con nuestras versiones peninsulares:

Quand elle fut au bois si beau;
d' amour y l'a requise:
je suis la fille d'un mézeau (leproso)
de cela vous advise.

Cf. A. Gasté, *Chants Normands du xv siècle...* 1886, pág. 72.

(2) Otros dicen:

Con la su rueca en la cinta—pocas ganas de filar.

—¿Tú que tienes, Arbolita,—que así non solías estar?
 Doña Arbola, ¿quién parir?—Ve parir al Valledal;
 allí tienes padre y madre—que de tí se dolerán,
 allí tienes tus hermanos—que al niño bautizarán.
 —¿Y si mi Don Morcos viene,—quién le dará de cenar?
 —Yo le daré del mi vino,—yo le daré del mi pan;
 de la caza que él trujese—mandaréte la mitad;
 de la perdiz algo menos,—de la palomba algo mas.—
 A eso de la media noche—da Don Morcos en portal.
 —¿Dónde está mi espejo, madre,—donde me suelo espejar?
 —¿Qué espejo quieres, mi fijo,—el d' oro ó el de cristal?
 Si quieres el d' azabache—tambien lo dir he á buscar.
 —Non quiero, madre, el de oro—nin tampoco el de cristal,
 nin tampoco el d' azabache,—non me lo vaya buscar.
 ¿Dónde está mi esposa Arbola,—que es mi espejo natural?
 —La tu esposa Doña Arbola—en fuego deben quemar;
 dolor de parto sintiera—fué parir al Valledal.
 A mi tratóme de puta,—á ti d' hijo de rufian.
 —Ensilla el caballo, mozo,—que la quiero dir buscar.—
 Sin detenerse un momento—fuese para el Valledal.
 Siete vueltas dió al palacio—sin hallar por donde entrar;
 el viejo padre de Arbola—asomóse á un ventanal:
 —Albricias vos doy, Don Morcos—que un fijo varon tien ya.
 —Tenga varon, tenga hembra,—que se baje para acá;
 é si á mandar se lo vuelvo—ha de ser con mi puñal.
 —Si muere por el camino,—tú ante Dios responderás.—
 Arbola, desque lo oyera—de la celda donde está,
 besando el recién nacido,—comenzara á suspirar.
 Sin detenerse un momento,—bajóse luego al portal:
 la cogiera entre sus brazos—tiróla encima el ruan.
 Siete leguas anduvieron—en sin palabras hablar.
 —¿Por qué no me hablas, Arbola,—como me solías hablar?
 —¿Cómo quieres que yo t' hable—si non puedo respirar;
 mujer parida d' un hora,—cómo podrá caminar?
 Mira estos montes de Cristo—colorados como están:
 las crines de tu caballo—bañadas en sangre van;

la silla de tu caballo—semeya un fino coral (1).
 Entre estas palabras y otras—á una ermita van llegar
 —Bájame aquí, Conde Morcos—que me quiero encomendar.
 ¡Este niño que aquí llevo—me lo dareis á criar!
 No lo deis á vuestra madre—que ella me lo ha de matar:
 á mi madre lo dareis;—ella bien lo criará.
 Por Dios os pido, ermitaño,—que me queráis confesar.—
 Desque la confesion dicha—el alma quiso entregar.
 Desprende el niño los labios—por gracia que Dios le dá:
 «mi madre va por los cielos—yo voy á la oscuridad;
 á mi güela en los infiernos—los diablos la quemarán:
 mi padré, si non se enmienda,—non se sabe donde irá».

32.

Marbella.

Paseábase Marbella—de la sala al ventanal,
 con los dolores de parto—que le hacen arrodillar.
 —¿Si yo estuviera allá arriba,—allá arriba en Valledal,
 al lado del rey mi padre,—alguno me había aliviar!—
 La pícara de la suegra—que siempre la quiso mal:
 —Ve parir allá, le dijo,—non te lo puedo quitar.
 —¿Y si mi Don Boyso viene,—quién le dará de cenar?
 —Yo le daré de mi vino,—yo le daré de mi pan,
 cebada para el caballo,—carne para el gavilan.—
 Apenas salir Arbola,—Don Boyso entró en el portal.
 —¿Dónde está el espejo, madre,—en que me suelo mirar?
 —¿Quieres el de plata fina,—ó quieres el de cristal;
 ó lo quieres de marfil,—tambien te lo puedo dar?
 —No quiero el de plata fina,—ni tampoco el de cristal,

(1) Otros dicen:

Las ventanas de mi padre—cubiertas de luto están.

ni tampoco el de marfil,—que bien me lo podeis dar;
 quiero la mi esposa Arbola,—que ella es mi espejo real.
 —La tu esposa fué á parir,—fué á parir al Valledal,
 como si yo no tuviera—pan y vino, que le dar:
 fué preñada de un judío—y á ti te quiere engañar.
 Sino me la matas, hijo,—¡oh, que mal hijo serás;
 ni conmigo has de vivir—ni mis rentas has gozar!
 —¿Cómo he de matarla, madre,—en sin saber la verdad?
 —Es tanta verdad hijo mío,—como Cristo está en el altar.
 Posa la mula en que vienes;—monta en otra, y vete allá.
 Por donde le ve la gente,—poquito á poco se va;
 por donde no le ve nadie,—corre como un gavilan.
 Siete vueltas dió al palacio—sin una puerta encontrar;
 al cabo de las diez vueltas,—un portero vino á hallar.
 —Albricias vos doy, Don Boyso,—que ya tien un mayoral.
 —Nunca el mayoral se eríe—ni la madre coma pan.—
 Sube para el aposento—donde Doña Arbola está.
 —Levántate, Doña Arbola,—levántate sin tardar;
 y si no lo faces presto,—tus cabellos lo dirán.—
 Doncellas que la vestían—no cesaban de llorar,
 doncellas que la calzaban—no cesaban de rezar.
 —¡Ay, pobre de mí cuitada,—vecina de tanto mal;
 mujer parida de un hora—y la mandan caminar!—
 Puso la madre á las ancas—y el niño puso al petral:
 el camino por donde iban—todo ensangrentado está.
 Siete leguas anduvieron—en sin palabras hablar:
 de las siete pa las ocho—Arbola comienza á hablar.
 —Pidote por Dios, Don Boyso,—que me dejes descansar;
 mira este inocente niño—que finando se nos va;
 las patas de tu caballo—echan fuego de alquitran,
 y el freno que las sujeta—revuelto con sangre va.
 No me mates en el monte,—que águilas me comerán;
 matárasme en el camino,—que la gente me verá;
 llamárasme un confesor,—que me quiero confesar.
 —Allá arriba hay una ermita—que la llaman de San Juan,
 y dentro hay un ermitaño—que al niño bautizará;

te bajaré del caballo,—dejaréte descansar.
 Allegaron á la ermita—y él se comienza á apear;
 y al posarla del caballo—ella principia á espirar.
 Por la gracia de Dios Padre—el niño se puso á hablar:
 «Dichosina de mi madre,—que al cielo sin culpa va:
 desgraciada de mi abuela,—que en los infiernos está:
 yo me voy al limbo oscuro,—mi padre lo pagará».
 Juramento hizo el Conde—sobre el vino y sobre el pan,
 de no comer á manteles—sin á su madre matar:
 dentro de un barril de pinchos—mandárala prisionar
 y echarla po 'l monte abajo, por peor muerte le dar.

Los dos romances de *Doña Arbola* y de *Marbella* (de los cuales el segundo es muy superior al primero) son variantes del tema de la perversa madrastra, común en la poesía popular. No se encuentra en las antiguas colecciones castellanas, pero es de los que más abundan en la tradición oral de varias provincias. Almeida Garrett (*Rom.* III, 40-47) publicó una versión con el título de *Helena*, más moderna sin duda y menos poética que las de Asturias, especialmente en el final, que el refundidor quiso hacer ejemplar mediante el arrepentimiento y penitencia del marido y el perdón de la inocente y ofendida esposa. Mucho más valen los dos romances de *Doña Helena* recogidos en la isla de San Jorge (*Cantos populares do Archipelago Açoriano*, 225-230); el de *Don Pedro*, versión de la Beira-Baja (*apud* T. Braga, *Rom. Geral.* 42-45), los dos de *Doña Ouliva* y *Doña Eurives*, procedentes de la isla de la Madera (*apud* Rodrigues de Azevedo, 186-190).

Se habrá observado que en el romance de *Marbella* el marido se llama *Don Boyso* (es decir, *Don Bueso*). Esta circunstancia sirve para entroncar este romance con otro bellísimo del mismo argumento, que se canta en el Algarbe, y cuyo protagonista se llama *Don Bozo* (vid. T. Braga, notas á los *Cantos populares do Brazil*, 183-184).

Así como en los Algarbes persistió el nombre de Don Bueso, como indicio de origen, así en Cataluña, adonde este romance transmigró desde Castilla como tantos otros, se conserva en versiones mestizas, de las cuales Milá recogió hasta ocho (núm. 243 del *Romancerillo*, «*La mala suegra*») el nombre de *Dona Arbola*, convertido muy frecuentemente en *Doña Arbona*, y también en *Doña Arquela*.

Las versiones puramente castellanas de Andalucía, Alto Aragón, etc., se pondrán más adelante.

33.

El Convite.

—Vengo brindado, Mariana,—para una boda el domingo..
 —Esa boda, Don Alonso,—debiera de ser conmigo.
 —Non es conmigo, Mariana;—es con un hermano mío.
 —Siéntate aquí, Don Alonso,—en este escaño florido;
 que me lo dejó mi padre—para el que case conmigo.—
 Se sentára Don Alonso,—presto se quedó dormido;
 Mariana, como discreta,—se fué á su jardín florido.
 Tres onzas de soliman,—cuatro de acero molido,
 la sangre de tres culebras,—la piel de un lagarto vivo,
 y la espinilla del sapo,—todo se lo echó en el vino.
 —Bebe vino, Don Alonso;—Don Alonso, bebe vino.
 —Bebe primero, Mariana,—que así esta puesto en estilo.—
 Mariana, como discreta,—por el pecho lo ha vertido;
 Don Alonso, como joven,—todo el vino se ha bebido:
 con la fuerza del veneno,—los dientes se le han caído.
 —¿Qué es esto, Mariana;—qué es esto que tiene el vino?
 —Tres onzas de soliman,—cuatro de acero molido,
 la sangre de tres culebras,—la piel de un lagarto vivo,
 y la espinilla del sapo,—para robarte el sentido.
 —Sáname, buena Mariana,—que me casaré contigo.

—No puede ser, Don Alonso,—que el corazón te ha partido.
 —Adios, esposa del alma,—presto quedas sin marido:
 adios, padres de mi vida,—presto quedaron sin hijo.
 Cuando salí de mi casa,—salí en un caballo pío,
 y ahora voy para la iglesia—en una caja de pino.

Por uno de los más felices hallazgos del Sr. D. Juan Menéndez Pidal puede tenerse este romance, indisputablemente viejo, puesto que uno de sus versos se lee ya en la *Ensalada* de Praga (Wolf, *Sammlung Spanischer Romanzen*, 1850):

¿Qué me distes, *Moriana*,—qué me distes en el vino?

El argumento de este romance es análogo al que publicó Milá (*Romancerillo*, núm. 256) con el título de *La innoble venganza*, taraceado de castellano y catalán. El protagonista se llama *Don Guespo* y la vengativa mujer *Gudriana*. Aguiló, que pone dos versiones enteramente catalanas, y algo sospechosas por lo mismo, conserva el nombre de *Gudriana*, pero llama á la víctima *Don Jordi* (núm. XVIII, *La venjança innoble ó lo despít d' una metzinera*).

Hallándose en Asturias este romance, era difícil que faltase en Portugal. Se encuentra, en efecto, no en la Península, sino en la isla de San Miguel (Azores), y lo que es más singular, en Pernambuco y Ceará (Brasil). Transcribimos la versión insular (recogida en Ponta-Delgada) por ser la más breve, la más próxima á la asturiana, y seguramente más antigua que las brasileñas:

—Deus te salve, Juliana,—sentada no teu estrado!
 —Deus te salve a ti, Don Jorje—em cima do teu cavallo.
 —En venho-te convidar—se queres ir ao meu noivado.
 —Espera-me ahí, Don Jorje—espera-me um poucoquinho,
 enquanto te vou buscar—una taça de bom vinho.
 —¿Qué me deste, Juliana,—n' esta taça com bom vinho?

Que tenho o freio na mão,—não enxergo o cavallinho!
 —Ahí servirá de exemplo —a quem o quizer tomar :
 quem deve as honras alheias—consigo irá pagar.
 —Já minha madre o sabe—que não tem o seu menino!
 —Já minha madre o sabe—que eu que não tenho marido.

34.

Venganza de honor. — I

Por aquellos campos verdes—¡qué galana iba la niña!
 Llevaba saya de grana,—jubon broslado traía;
 el zapato pica en verde,—las calzas de lana fina ;
 con los sus morenos ojos—amiraba á quien la mira.
 Mirábala un caballero,—traidor, que la pretendía,
 que diba, paso tras paso,—por ver si la alcanzaría.
 Señera la fué alcanzar—al pie d' una fuente fría.
 —¿Adónde por estos prados—camina sola la niña?
 —Á bodas de una mi hermana,—d' una hermana que tenía.—
 Los dos del agua bebieron,—y se van en compañía.
 Él trata quitarle el honra—y la dice con falsía :
 —Mas abajo do bebiemos,—quedóme la espada mía.
 —Mientes, mientes, caballero;—qu' ende la traes tendida.—
 Dieron vuelta sobre vuelta;—derribarla non podía.
 Á la postrera que daban,—una espada le caía.
 Trabóla con las sus manos—temblando toda la niña;
 metióselo por el pecho,—y á la espalda le salía.
 Con las ansias de la muerte,—el caballero decía :
 —Por donde quiera que vayas —non t' alabes, prenda mía,
 que mataste un caballero—con las armas que traía.
 —Con los mis ojos morenos—la tu muerte lloraría;
 con la mi camisa blanca —la mortaja te faría;
 á la iglesia de San Juan—yo á enterrar te llevaría;
 con la tu espada dorada—la fosa te cavaría;
 cada domingo del mes —un responso te echaría.

35.

Venganza de honor. — II

Por los campos de Malverde—una muchacha venía,
 vestida de colorado,—¡mi Dios, qué bien parecía!
 Con el pie siega la yerba,—con el zapato la tría (1),
 con el vuelo de la saya,—acá y acullá la tira.
 Bien la viera un caballero,—traidor, que la pretendía;
 que diba, paso tras paso,—por ver si la alcanzaría :
 un correr y otro correr,—alcanzarla no podía.
 Trató de quitarle el honra,—y ella le quitó la vida;
 que á la salida de un monte,—y á la entrada de una villa,
 cayó la espada al galan,—y se la cogió la niña :
 Se la metió por atrás—y adelante le salía.

36.

Venganza de honor. — III

Por aquellos campos verdes,—por aquellas praderías,
 una doncella pasaba;—hija es del Rey d' Hungría.
 Era hermosa como un sol;—llámase Doña Lucía.
 Bien la viera un caballero,—traidor, que la pretendía;
 Diérase paso tras paso—por ver si la alcanzaría.
 Ella que le vió venir,—mas volaba que corría;
 que por las cuestas abajo—quien la divisar no había.
 Metiéronse en unas peñas—donde la mar trasvertía.
 —¿Cuánto me da la doncella—por que la saque á la orilla?

(1) De *triyar*, trillar. En bable se sustituye en muchas ocasiones la *ll* con la *y*, que después suelen suprimir en la pronunciación como en el presente caso. Así continúan pronunciando los judíos españoles residentes en Viena. (Nota del Sr. Menéndez Pidal.)

—Yo non tengo que le dar,—yo que le dar non tenía,
sino un triste cuerpecito—que yo conmigo traía.—
Descalzárase el galan—y sacárala á la orilla.
—Dame tu espada, galan,—ver como yo la ceñía.—
Metiósela por el pecho,—y á la espalda le salía.
Con las ansias de la muerte,—el caballero decía :
—Si te alabas en tu tierra,—non te alabes en la mía :
que mataste un caballero—con las armas que traía.
—Nin me alabaré en tu tierra,—nin me alabaré en la mía;
con los mis ojos menudos—la tu muerte lloraría;
con la mi camisa blanca—la mortaya te faría;
con la tu espada de oro—la fosa te cavaría.

37.

Venganza de honor. — IV

Por aquellos campos verdes—una muchacha venía;
viste saya sobre saya—y jubón de cotonía;
con el vuelo de la saya—todas las yerbas tendía.
Miraba á un lado y á otro,—por ver si alguien la veía.
Bien la viera un caballero,—traidor, que la pretendía;
jugando estaba á los dados—con el Príncipe de Hungría.
Dejó el juego de los dados—y fué alcanzar á la niña :
alcanzóla en unos montes—los más desiertos que había.
—¿Adónde va la doncella;—adónde va, vida mía?
—Voy á bodas d' un hermano—que casárseme quería.
—Pues casémonos los dos,—é iremos en compañía.
—Yo casarme, caballero,—yo casarme no quería.—
Diérale unas siete vueltas,—derribarla non podía;
de las siete pa las ocho,—de oro un puñal le caía :
fué á cogerle la doncella;—fingiéndole cortesía;
metióselo por el pecho—y á la espalda le salía.
Con el hervor de la sangre,—el caballero decía :

—Cuando vayas á tu pueblo—no te alabes, vida mía,
que mataste un caballero—con las armas que traía.
—Yo alabarme, caballero,—yo alabarme bien sabría;
donde no encontrara gente,—yo á las aves lo diría.
Estando en estas palabras—vieron venir la Justicia.
—¿Quién mató este caballero?—Señor, yo le mataría :
él quiso quitarme la honra,—y yo le quité la vida.—
Todos dicen á una voz :—«¡Viva la gallarda niña;
que ha matado un caballero—con las armas que él traía!»

38.

La hija de la Viudina.

Paseábase la Viudina—con dos hijas que ende había;
por la mano las llevaba—por la mano las traía.
Por la mano las llevaba—á la fuent del agua fría;
más relucientes que estrellas—como las rosas garridas.
Viéronlas dos caballeros—é muy bien les parecían :
ya se acercan, ya se llegan—é por el camin decían :
—¿Cuál será la mas fermosa?—¿Cuál ha de ser la mas linda?
—La de lo morado es bella,—es bella por vida mía.
—La que viste colorado—mejor donaire tenía.
—Dexemos esta querella—que ya se fenescce el día.
Venir que vino la noche—fueron en cas la Viudina :
rezando estaba el rosario—como costumbre tenía.
—Viudina, ambos le dixeron,—¿dónde están las tus dos hijas?
Mis hijas, los caballeros,—fueron en una visita.
Á una voz ambos responden :—Miente, miente la Viudina;
que sus hijas son en casa,—eso bien yo lo sabía.
Encendamos una luz,—que yo se las buscaría :
encendamos una luz;—veredes vuestra mentira.—
Con el ruido que hicieron,—despertara la más linda.
—Dexédesme, caballeros,—si lo sois en cortesía,

dexédesme vestir solo—de mi morada basquiña.
 —Vestir podés. la señora—esa é cuantas más habría;
 vestir podés fasta cuatro—é fasta las cinco ansina.—
 Ya se viste, ya se viste,—ya sus sayas se vestía:
 é al salir por la su puerta,—estas palabras decía:
 —Adios quedad, la mi madre; adios, hermana querida;
 que ya non tornaré á veros—en los días de mi vida.—
 Fuéronse por unos montes,—fueron por una montiña;
 en un robledal fincaban—al pie de una fuente fría.
 En un robledal fincaban,—é de amor la requerían;
 é magüer que estaba sola,—su honor defiende la niña.
 —Tate, tate, caballeros,—non fagades bellaquía;
 tate, tate, caballeros,—que mi honra en vos se fía.—
 Allí su ruego no escuchan;—quieren hacer villanía:
 vuelta el uno, vuelta el otro;—un puñal de oro caía.
 Vuelta el uno, vuelta el otro,—allí lo agarra la niña,
 é metiólo por los pechos—del que mas fuerza facía.
 Metióselo por los pechos;—por la espalda le salía:
 con las ansias de la muerte,—estas palabras decía:
 —Perdon á los cielos pido,—é á vos mi perdon pedía;
 porque perdonarme quiera—la Virgen Santa María.—
 Con el agua de la fuente—dírale perdon la niña;
 con el agua de la fuente—sus pecados lavaría.
 Catando está el caballero—que menos fuerza facía;
 é de su boca hablando,—estas palabras decía:
 —Non te alabes en tu tierra;—nin te alabes en la mía
 que mataste un caballero—porque fuerza te facía.
 —Tengo alabarme en tu tierra,—tengo alabarme en la mía
 que di muerte á un caballero—porque me fiz bellaquía.
 —Si él quiso facerte afrenta,—yo facerla non quería;
 bien lo sabe Dios del cielo;—conmigo te casarías.—
 Ya cabalgan, ya cabalgan,—ya salen de la montiña;
 alegre va el caballero,—é mas alegre la niña.
 Ya llegaban á palacio,—ya doblan las siete esquinas:
 ya con el Conde se casa—la fija de la Viudina.

Estos cinco romances tienen en substancia el mismo argumento, y los cuatro primeros pueden considerarse como variantes de uno mismo, que al parecer es de los más populares en Asturias. Pero el quinto, ó sea el de *La hija de la Viudina*, se levanta sobre los otros por su sentido poético y elevación moral, en términos tales, que los deja bastante mal parados.

Coincide con estos romances, aun en la asonancia, uno portugués que se canta en las provincias del Miño y Tras Osmontes, y del cual se han impreso dos versiones: *A Romeira* publicada por Almeida Garrett (III, 9-14), y *A Romeirinha* recogida por T. Braga (*Rom. Geral.*, 24-25). Al parecer, no es conocido en las islas, ni tampoco en Cataluña.

Es patente, aunque remota, la analogía de estas canciones, en lo que toca á la situación culminante, con el romance viejo de *Rico-Franco* (*Primavera*, 119) y aun con el de *Marquillos* (*Primavera*, 120).

39.

Doña Urgella.

En mi huerto hay una yerba—blanca, rubia y colorada;
 la dama que pisa en ella,—della queda embarazada.
 Por Dios querer ó la suerte,—Doña Urgelia la pisara.
 Un día yendo á la misa,—su padre la reparara.
 —¿Tú que tienes, Doña Urgelia,—tú que tienes que estás mala?
 —Señor, tengo un mal del cuerpo—que de niña me quedara.
 —Si lo dijeras en tiempo,—cirujanos te catara.—
 Cató siete cirujanos—de los mejores de España.
 Unos dicen: «No lo entiendo»:—otros, dicen que no es nada:
 el mas chiquitillo de ellos—dice que está embarazada.—
 Callen, callen, los señores,—callen y no digan nada:
 si el Rey mi padre lo sabe—mi vida será juzgada.

Fuése luego hacia su cuarto—donde cosía y bordaba,
y á una ventana arrimóse—por ver quien se paseaba (1),
se paseaba un mancebo—embozado en la su capa.

—Suba, suba el caballero;—que le quiero una palabra...

.....
La palabra que te quiero,—sácame el niño de casa.

Si encuentras al Rey mi padre,—dile que no llevas nada,
sino rosas y claveles—para hacer una guirnalda.—

Al bajar una escalera,—al Rey su padre encontrara.

—¿Qué llevais, el caballero,—n' el embozo de la capa?

—Llevo rosas y claveles—para hacer una guirnalda.

—De esas rosas y claveles,—dadme la mas encarnada.

—La mas encarnada de ellas—tiene una hoja quebrada.—

—Téngala que no la tenga,—al Rey no se niega nada.—

Entre estas palabras y otras,—el niño varon llorara.

—Lleva el niño, caballero,—que le den salud al alma.

¡Al árbol que dió ese fruto—yo le cortaré la rama!—

La cogió por los cabellos,—la colgó de una ventana.

—Si Doña Urgelia se muere,—aquí queda Doña Juana.

40.

Doña Enxendra.

Hay una yerba en el campo—que le llaman la borraja;
la mujer que la pisare—luego se siente preñada.

Esta pisó Doña Enxendra,—por la su desdicha mala;

un día yendo á la misa—su padre la reparara. [mala?

—¿Tú que tienes, Doña Enxendra;—tú que tienes que estás

—Señor, tengo un mal del cuerpo—que de niña me quedara.

(1) Vió venir al Rey Cien-hilos—por la calle emepedreada.

—Toma, llévame este niño—á criar á una buen ama,

de la color morenita—y de la leche delgada;

non te vayas por la calle,—vete por la rodeada, etc.

(Variante del Espín, Navia.)

—Si lo dixeras en tiempo,—cirujanos te cataran.—

Llama siete cirujanos,—los mejores que encontrara.

Unos le toman el pulso,—otros le miran la cara;

todos dicen á una voz:—Doña Enxendra está preñada.

—Callen, callen los señores,—callen y no digan nada;

si el Rey mi padre lo sabe—mi vida será juzgada.—

Subióse para su celda,—donde cosía y bordaba;

cada dolor, un tormento,—un dolor cada puntada;

entre dolor y dolor—un niño varon llorara.

Se coge bocina de oro—y se pone á la ventana,

en la vuelta de bocina—á su namorado llama.

—Toma este niño, Don Juan,—en el bozo de tu capa,

llevaráslo á una mujer—que le dé la leche clara.

Si encuentras al Rey mi padre,—dile que no llevas nada,

sino rosas y claveles—antojos de una preñada.

Al bajar de una escalera—al Rey su padre encontrara.

—¿Qué llevas ahí, Don Juan,—en el bozo de tu capa?

—Llevo rosas y claveles—antojos de una preñada.

—De esas rosas y claveles—daime la mas encarnada.

—La mas encarnada dellas,—tiene una hoja quebrada.

—Téngala que no la tenga—al Rey no se niega nada.

Estando en estas razones—el niño varon llorara.

—Anda, llévalo de prisa—que le den salud al alma;

y el árbol que dió ese fruto,—yo le cortaré la rama.—

Cógela por los cabellos;—n'un aposento la cierra,

donde no vé sol ni luna—sino por una ventana.

Ya se afilan los cuchillos,—ya se amuelan las navajas;

fuése para el cuarto della—donde cosía y bordaba;

Doña Enxendra que lo vió,—muy presto se levantara.

—Tate, tate Doña Enxendra,—tate quieta en la tu cama;

mujer parida de ha poco—non puede ser levantada.—

Fízola cuatro pedazos,—púnxola n'una ventana;

cuando venía de misa—su madre la reparara.

—¡Ay Enxendra de mi vida!—¡Ay Enxendra de mi alma!

¡Cuántas cosas yo tenía,—yo para ti las guardaba;

y ahora te veo aquí—colgada en una ventana!

41.

* **La mala hierba** (1).

En la villa de Madrid,—junto á los caños del agua,
allí se cría una hierba—muy viciosa y regalada :
la dama que la pisara—se quedara embarazada.
Por su desgraciada suerte—Doña Eugenia la pisara.
Un día, yendo pa misa,—su padre la reparara.
—¿Tú qué tienes, Doña Eugenia,—tú qué tienes que estás mala?
—Tengo un dolor de cabeza—que me dió hoy de mañana.
—Si en tiempo lo hubieras dicho,—yo pronto lo remediara.
Buscara siete doctores—de los mejores de España.
Unos dicen que sí es algo,—otros dicen que no es nada.
Dice el más chiquito de ellos :—La niña está embarazada. —
—Callen, callen, los señores,—callen y no digan nada :
sí el Rey mi padre lo sabe,—la vida tengo juzgada.

(1) Versión recogida en Colunga.

• Dos variantes de este romance inserta nuestro querido amigo D. Juan Menéndez Pidal en su notable *Romancero asturiano* (núms. 43 y 44, *Doña Urgelia* y *Doña Enxendra*). Su lección se distingue poco de la nuestra : en ésta la dama se vale de un hermano suyo para sacar de casa el recién nacido, mientras que en las versiones citadas Doña Urgelia entrega su hijo á un mancebo incógnito, y Doña Enxendra

á su namorado llama

para que le preste análogo servicio.

• La variante del texto, en nuestra humilde opinión, aparece más poética en cuanto resulta más viva la creencia popular sostenida en el romance, y á la cual se refiere este cantar :

En el campo hav una hierba
que la llaman la borraja;
toda mujer que la pisa
luego se siente preñada.

B. VIGÓN.

(Este señor publicó el romance en un periódico asturiano.)

Subiérase para el cuarto—donde cosía y bordaba,
y entre puntada y dolor,—un niño varón llorara.
Llamara á su hermano Juan,—muy de priesa le llamara.
Llévame, Juan, este niño—embozado en la tu capa.
Si encuentras al Rey mi padre—dile que no llevas nada.
Al bajar una escalera,—al embocar una sala,
encontrara al Rey su padre—.....
¿Qué llevas ahí, Don Juan?—¿Qué tengo de llevar? Nada :
llevo rosas y claveles—por antojos de una dama.—
—De esas rosas y claveles—dame la más encarnada.—
—La más encarnada de ellas—tiene la hoja quebrada.
En estas palabras y otras—el niño varón llorara.
—Anda, anda, picarón,—anda vete noramala,
que el rosal que dió esa rosa—pronto le seca la rama.—
Subiérase para al cuarto—donde Doña Eugenia estaba :
Doña Eugenia que le vió—de levantarse trata.
—Déjate estar, Doña Eugenia,—déjate estar que estás mala;
mujer que parió ha una hora—no puede ser levantada.
Afilara los cuchillos,—afilara las navajas;
hiciérala cuarterones,—y de un balcón la colgara.

Estos tres romances, poco limpios, recuerdan desde luego varios de las colecciones impresas, especialmente *el de la Infanta y Don Galván* (*Primavera*, 159), y todavía más al 160 «De cómo la Infanta, casada á hurto del Rey con el Conde, parió.» Pertenecen á la misma familia el *Don Galván*, bilingüe, de la colección de Milá (núm. 268), y *La Infanta y Don Gauvany* de Aguiló (núm. XIV). Por el contrario, las versiones asturianas se parecen mucho más á las portuguesas, tienen muchos versos comunes, y el mismo asonante. Pero indudablemente conservan mejor la pureza primitiva, porque en todas las del reino vecino hay inoportuna mezcla de otros romances. Así en Extremadura, en el Alemejo y en la isla de Madera, zurcen un final tomado del *Conde Claros*, y en el Al-